

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

**D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.**

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.  
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.  
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

## SERMON SOBRE LA SALVACION.

(Conclusion.)

Pero si el maravilloso espectáculo del Universo, el brillante panorama de la creacion, no basta para que elevemos nuestros corazones al cielo y contemplemos la gloria que nos está reservada, bástenos al menos la contemplacion de un Dios muerto por nuestra salud eterna. Ya os he dicho y todos sabeis con cuántos dones fué enriquecido el hombre en su creacion, con cuántos privilegios fué distinguido entre todos los seres por la soberana munificencia del Criador. Mas el hombre ¡oh dolor! el hombre no supo conservar tan ricos dones y distinguidos privilegios. El hombre cayó estrepitosamente, en castigo de su soberbia, desde la cumbre de su grandeza al abismo de la

degradacion, desde lo alto de la mas envidiable felicidad, á lo profundo de la mas deplorable miseria; y hace mas de sesenta siglos que el ruido de su caída resuena en el mundo y resonará hasta la consumacion de los siglos. ¡Infeliz! la brillante diadema que ostentaba en su frente real, rueda á sus piés por el polvo, el cetro del poder con que dominaba á todos los seres, se ha hecho pedazos en sus manos, su entendimiento, antes iluminado por clarísimos resplandores se vé ahora envuelto por las mas densas tinieblas; su voluntad antes tan suave como fuertemente inclinada al bien y á la virtud, se vé ahora, encadenada por las pasiones y sufriendo la tirania del mal, y todo el hombre, obra predilecta de la virtud omnipotente, convertido por su culpa en triste

y miserable ruina. Al ruido de esta catástrofe cuyos ecos se repiten en los ámbitos del Empireo, la corte celestial palidece de terror y espanto porque el hombre habiendo ultrajado á la Magestad divina, solo puede heredar un abismo de miserias y un mar de lágrimas. ¿Y la gloria y el cielo? ¿No ¿habrá quien haga pedazos sus cerrojos y nos franquee la entrada? ¿Habrá de perecer para siempre la humanidad? Sí; para siempre perecería la humanidad; para siempre ¿las puertas del cielo se hubieran cerrado para el hombre, no habría salvacion para mi y para vosotros, si en los eternos consejos no se hubiese acordado un designio misericordioso. Sí; el Dios de las misericordias ha lanzado una mirada compasiva sobre los desgraciados mortales, y quiere salvarlos. Su bondad infinita busca entre los querubines y serafines un Salvador del hombre, pero no le encuentra; porque ¿quien es la criatura comparada con Dios? Mas entonces, en medio del silencio profundo y solemne que reina en los cielos se escucha una voz; y aquella voz dice: *Yo salvaré al hombre: Yo enjugaré sus lágrimas, curaré sus llagas, expiaré sus pecados y le abriré el cielo; y aquella voz era la voz del Hijo de Dios.*

¿Habeis oido hermanos míos, la resolucion del Hijo de Dios que requiere salvarnos? Sigamosle en su empresa misericordiosa que tan de cerca nos atañe.

Quando fué cumplida la plenitud de los tiempos, el Hijo de Dios no vaciló un momento ante la salvacion de las almas; y aquel por quien todas las cosas fueron hechas, y sin el cual, nada de lo que existe, tendria ser, movimiento y vida; aquel que *fabricó el sol y la aurora*, y sembró el cielo de estrellas que brotaron de sus manos como chispas de topacio; el que hizo fecunda la tierra que lleva por cinturón un mar bravo, y mil selvas ondulantes por cabellos, y por galas, mil y mil plantas olorosas y aromáticas flores; aquel que rige los mundos con sábia providencia y los conserva con infinito poderío, que dá y quita los reinos y los imperios, y es Dueño de los centros y de las coronas; aquel, en fin, que es una misma cosa con el Padre, Dios de Dios, eternamente engendrado por un acto purísimo del entendimiento divino, la Segunda Persona de la Beatísima Trinidad, abandona el trono de su gloria, é inclinándose los cielos, desciende á la tierra para unirse á la misera humanidad. Pero ¿elegirá por morada

alguno de esos palacios del mundo embellecidos á porfía por el oro y las piedras preciosas? No; su morada será un establo, y tendrá por cuna un pesebre, por abrigo unas frias pajas, por compañía unos animales. ¿Elegirá por Padres alguno de esos personajes que el mundo admira y que por sus riquezas, por su alcurnia, y posicion social puedan ofrecerle comodidades y consideraciones? No; un pobre artesano será tenido por su padre, una pobre hija de Judá será su madre; trabajará con sus manos para ganarse el sustento, y vivirá treinta años en la oscuridad, sufriendo todo linaje de privaciones para prepararse á realizar la grande obra de la regeneracion del mundo. Cuando llega la hora de manifestarse públicamente al mundo; cuando llega el momento de dar comienzo á la obra de la salvacion del mundo, *se lanza como un gigante á la carrera*, y recorre las riberas del Jordan y los valles de la Palestina, y franquea montes, sierras, llanuras y torrentes, abrasado de celo por la gloria de su Padre y la salvacion de los hombres. Abre su boca y de sus divinos lábios brota un torrente de divina sabiduria que instruye á las naciones, y á los pueblos, y les enseña los caminos de la ver-

dadera felicidad. Pastor amoroso busca á las ovejas extraviadas, habla con los pecadores, se hace pequeño con los pequeños, débil con los débiles; para conseguir la salvacion de todos. Suspende las leyes de la naturaleza, apacigua las tempestades, manda á las olas del mar, se pasea sobre sus aguas movedizas como sobre sólido pavimento. Él cura á los ciegos, sana á los paralíticos, y resucita á los muertos. Y despues de pasar por todas partes haciendo bien, se entrega á un pueblo sacrilego y cruel, como oveja que es conducida al matadero, y que no abre su boca para quejarse. Los judíos le arrastran como á un malhechor por las calles de la ciudad deicida; y le azotan, escarnecen, vilipendian, y cubren su divino rostro de polvo, de saliva y de sangre; y taladrán sus sienes con agudas espinas y con duro hierro sus manos y piés; y le hacen morir en infame patíbulo como al último de los malvados. Entonces el sol oculta su luz, la luna se tiñe de sangre, se estremece la tierra, se abren las tumbas, resucitan los muertos, las piedras se hacen pedazos, se parten las rocas, y se rasga de arriba abajo el velo del templo, porque ha concluido el pecado y comienza para el hombre

el tiempo de su salvación; porque han concluido los dolores y las lágrimas, y comienzan los goces puros y las alegrías verdaderas.

¿Serán necesarias otras pruebas para persuadirnos la importancia de vuestra salvación? La Cruz ¿no dice nada á vuestro espíritu? Jesucristo crucificado; ¿no habla con elocuencia á vuestro corazón? ¡Ah! muy importante debe ser nuestra salvación, cuando exige la muerte de un Dios! A gran precio hemos sido comprados. *Empti enim estis pretio magno.*

Si todavía hay alguno que no esté convencido de que su salvación es el primero de los negocios, el principal de sus intereses, atienda y considere la grandeza de los bienes que de ahí han resultado, como la gravedad de los males que pueden sobrevenirle, si le mira con punible indiferencia. Los bienes que pueden resultar-nos, son bienes infinitos cuya grandeza excede nuestros votos y deseos según San Agustín; bienes puros que nada puede alterarlos; bienes perfectos, que llenan el vacío de nuestra alma; bienes eternos que nadie puede limitar; bienes imperecederos que nadie puede arrebatarnos. El que no sepa lo que vale su alma, el

que no estime justamente la felicidad eterna, el que no aprecie los frutos del sacrificio de Jesucristo, ese no es digno de llevar sobre su frente el glorioso timbre de católico, ese corre derecho á un abismo horrible, donde no hay mas que llanto y rechinar de dientes.

Este es el mal que nos amenaza, no considerando el negocio de nuestra salvación como el primero de todos y el mas necesario. No perdais de vista esta doble idea: felicidad eterna ó eterna desgracia. Repetid muchas veces en vuestro corazón estas palabras: el alma, la eternidad, el cielo, el infierno; el alma rescatada con la sangre de Jesucristo; la eternidad, inmensa, infinita inmutable; el cielo, morada de todos los bienes, plenitud de todos los deseos, lugar de reposo y de paz que nada turba; el infierno lugar de las desgracias, de desesperación, de penas horribles, de horror sempiterno; meditaad esto y decid si podeis vivir tranquilos en medio de la culpa, de la disolución, de la blasfemia, de la tividad, de la soberbia; meditaad esto y decidme si podeis dejar de considerar como el primero, como el único negocio, el negocio de vuestra salvación: Meditaadlo bien y consi-

derad por último que este negocio, el negocio de vuestra salvación es puramente personal: cada uno de nosotros ha de concluirle porque cada uno de nosotros es el que ha de salvarse ó condenarse. Siendo este un negocio tan importante, ¿puede concebirse la indiferencia con que le miran los cristianos? En él pensareis; pero será cuando la muerte vaya á cerrar ya vuestros ojos y á helar vuestro corazón. En ella pensareis; pero será cuando ya esté sentado Dios en su Tribunal para juzgaros. En ella pensareis; pero será cuando vayais á caer en lo profundo del lago del infierno. Entonces no habrá ya salvación ni esperanza, sino muerte, infierno, eternidad... No permitais Dios mio, que así suceda. Abrid nuestros ojos para ver el abismo donde tenemos puesto el pié, y apartarnos horrorizados. Dadnos vuestra gracia poderosa para amarnos en esta vida y lograr la eterna.

Amen.

Z. M.

---

## VARIETADES.

---

### El asesino de sus hijos.

(Continuación.)

Cada tres ó cuatro meses el correo traía dos cartas iguales en la letra y en

el sobre: la una dirigida á D. Bernardo Ortigas, la otra á doña Teresa Romerales; cuando ellos las recibían ya sabía todo el pueblo de quién eran.

—Carta de Perico—iba diciendo á cuantos encontraba por la calle, el chico del estanquero, que en aquel entonces hacía de repartidor.

Al cabo de los años mil, á la caída de una tarde de verano, á la hora en que las vecinas suelen sentarse en la puerta de la calle, utilizando los últimos resplandores del día que acaba y las primeras horas de la noche que viene, empleadas unas en remendar los calzones de sus maridos, otras en hilar, hablando éstas, escuchando aquéllas y todas murmurando, á la hora en que las gallicas ya se han retirado á sus gallineros, un mozo alto, fornido y de color moreno, con un cañuto de hoja de lata, reluciente como la plata y suspendido de una cinta de seda amarilla y azul cruzada por el pecho, entraba por el portal de la calle del Barranco, mirando á todos lados y repartiendo sonrisas á todos los que á su paso encontraba.

—¡Perico! ¡Perico! ¡Perico! gritaban las mujeres y los chiquillos formando coro con ellas.

Y con la velocidad del relámpago la voz recorrió en un santiamén todo el lugar, haciendo palpar de alegría á todos los corazones, porque á Perico lo querían todos; pero especialmente el de Teresica, la hija pequeña del tío Esquilador, que lo quería más que entre todos los del lugar juntos.

Todo el pueblo en masa acudió á ver á Perico. Jamás se había visto tan concur-

rida la casa del tío Tropezones: aquello parecía un jubileo.

Teresica y su madre, ambas con sus ruecas en ristre, fueron á velar hasta el toque de la oración.

Poco á poco fué pasando la novedad.

Perico empezó á trabajar á los pocos días de su llegada y luego su personalidad se confundió con la multitud del vecindario.

Perico y Teresa se casaron al poco tiempo. Compró aquél instrumentos de su arte y arregló un taller á su gusto; porque su padre, rico ya é inútil para el trabajo hacia muchos tiempos que se habia retirado del oficio: por otro lado sus hermanos prefirieron dedicarse á las faenas del campo.

Llegó un día de fiesta y Perico se juntó con sus amigos para merendar en su compañía. Hubo carne abundante y abundante vino: despues de la merienda tallaron; pero el pobre Perico no pudo seguir á sus camaradas, porque se puso malo y tuvo que retirarse, bien á su pesar, antes de terminar la francachela.

—¿Qué tienes? le preguntó asustada Teresa al verlo entrar pálido, ojoso, con los ojos sin brillo y tambaleándose.

—Noo te asustes—baltuceó Perico—noo seserá naada: hazme caafé con saal y totodo se me papasaará.

—¡Dios mio! Mi Perico se muere, voy á llamar gente.

—¡Caalláte! Dijo aquel cogiéndola del brazo y soltando un reniego: Tee didigo que que no es naada.

Lloriqueando y sola por aquellas oscuras calles se fué Teresica á buscar café y lo preparó como su marido le habia man-

dato: lo tomó éste y como cuandó echan aceite en un candil que se está apagando la moribunda luz recobra resplandor, así la inteligencia de Perico que parecia haberse nublado por los vapores del vino, se despojó casi instantáneamente.

—No hagas caso, Teresa, de estas cosas: hemos bebido mas de lo acostumbrado y como ves he tenido que retirarme enfermo.

—¡Por Dios, Perico! No te juntes más con esos: te lo suplico.

Perico no contestó: encendió un candil y se marchó á dormir.

Teresa se quedó sola en la cocina llorando en silencio y mirando distraida las áscuas del fuego que iban apagándose con lentitud, dejando en su lugar montoncitos de blanquísima ceniza.

Al día siguiente Perico se levantó cerca de las once y no tuvo ganas de trabajar: estaba pálido y avergonzado; pero se esforzaba en parecer alegre y contento.

El domingo siguiente se repitió la misma funcion. Se juntó con sus amigos, hicieron merienda, fueron luego al café, si tal nombre merece un caseron, negro y destartalado, donde se vende arroz y abadejo en el patio, vino en la bodega, y en el principal un cocimiento de color oscuro, de sabor amargo repugnante y ciertas bebidas venenosas llamadas licores finos. Bebieron unas copicas y Perico volvió á ponerse enfermo; que sus amigos, con muy buena intencion por supuesto le hicieron mezclar de todo lo que en el estante habia. Pero esta vez no se fué á su casa. La cafetera mujer gorda, colorada, tripuda y campechana como



pocas, le arregló la pócima salada, remedio que ya habia aprendido todo el lugar, y gracias á este brebaje se le pasó el chubasco.

—¿Cómo vienes tan tarde? Le preguntó la pobre Teresa que lo esperaba en la última escalera, colgado el candel de la puerta de la cocina.

—¿Por qué no te acuestas? Preguntó á su vez Perico, evadiendo la contestacion y con tono de mal humor. ¿No te tengo dicho que me dejes la llave en la gatera?

¡Pues la llave en la gatera no te la dejaré! Acuérdate lo que le pasó á la tía Ronca.—Pero chico, ¿Qué color traes? ¿Qué vienes otra vez enfermo?

—¡Que tengo mal color! Debes tener telarañas en los ojos. Me encuentro muy bien.—Contestó Perico dando á la voz entonacion de seguridad y procurando andar con firmeza y energia.

Al dia siguiente se levantó tarde y y tampoco tuvo ganas de trabajar. Teresa andaba por allí triste y pensativa.

—¿Porqué te juntas con esa gentucha? le soltó á quema ropa estando comiendo en la mesa.

—¿Gentucha, dices? Pues yo debo de ser algun marqués.

—No quiero decir que seas más ó que seas menos: pero todos tus amigos son unos borrachetes, unos pillos que con cartas picadas sonsacan el dinero á cuatro tontos, despues que los ponen peneques.

—La necia y la tonta eres tú, que te han llenado la cabeza de bachillerias cuatro alcahuetas como tu madre: y lo que has de hacer es cuidarte de tus cosas y dejarme en paz.

Insensiblemente el vicio fué aumentan-

do; y si al principio se ponía malo Perico los Domingos por las tardes, luego se puso tambien los Jueves y últimamente todos los dias de la semana.

—¡Qué lástima de chico! decian las vecinas.

—¡Tan buenas manos como tiene y darse al vino de esa manera!

—Tan trabajador como era!

—¡Pobre Teresica!

—¡Mas le hubiera valido á su padre comprarle soldado!

A veces el Sr. Cura, que lo habia bautizado, al encontrarlo á solas ya en el taller, ya por las afueras del pueblo, le decia:

—Pecas mortaimente, Pedro: la borrachera es pecado mortal.

—¿Cómo ha de ser! señor cura, le contestaba aquel con cinismo. Cada uno es como Dios le ha hecho: á unos les dá por el dinero y se hacen avaros como mi padre y Matapobres: á otros les da por mandar y se gastan todo lo que tienen entre alcaldias y elecciones: á V. le ha dado por ser un santo varon: créame, señor Cura, cada uno es como Dios le ha hecho.

—¡Calla! no seas fatalista: si eres vicioso es porque quieres.

—No lo puedo remediar: mil veces me propongo no beber y otras tantas caigo: no hay remedio.

—Pídele á Dios que te ayude, que Él te dará fortaleza para resistir á la tentacion.

—¡Va, va, va! Eso es otro cantar: es muy fácil decirlo, pero hacerlo?....

Otras veces cuando trataba con su padre asuntos de familia, solía éste decir le

—Has de morir detrás de la puerta, como Cacharros: eres un aragan: con las manos y la mujer que tienes podríais nadar en oro: ese maldito vicio ha de acabar contigo.

—¿Para qué quiero trabajar? Con lo que V. me dará cuando se muera tengo para un buen pasar.

—¿En mi confías? Ni pizca pienso dejarte si no te corriges.

—Si V. me hubiera comprado soldado.....

—Calla, mal hijo: nó culpes á nadie: á soldado fué el chico de Verruga y ha vuelto tan trabajador ó mas que antes.

—Déjeme en paz, padre, déjeme en paz: yo no hago mal á nadie: bien son peores aquellos que engordan á costa de los pobres.

Su madre y su mujer le hacían las mismas reflexiones; pero inutilmente. Aquí había siempre más desahogos por ambas partes, por lo mismo que el sentimiento era el que hablaba. Siempre andaban mezcladas, lágrimas y súplicas por parte de aquellas, insolencias y groserías por parte de aquel: que es de tal indole el vicioso que á las razones contesta con sandeces y tonterías y al sentimiento con iracundias y brutalidades.

Por fin el médico, que desde la infancia le habían conservado una franca amistad, y solía pasar algunos ratos en el taller viéndole trabajar, solía hacerle también alguna reflexión.

—Supongo que te has casado, le dijo en cierta ocasion, para cumplir con uno de los altos fines del matrimonio, para tener hijos.

—¡Cal me case porque si: nos queríamos Teresa y yo y nada mas.

—Bien, pero una vez casaño, desearás tener hijos, constituir una familia.

—Me es indiferente. Me paso perfectamente sin ellos: esa infeliz si que los desea ¿pero yo? maldita la falta que me hacen.

—Reflexiona sin embargo, que un matrimonio sin hijos es incompleto: luego cuando seais viejos no tendreis quien os cuide. Además el hombre que ha nacido para amar ignora lo que es amor tierno y desinteresado hasta que tiene hijos.

—Precisamente por eso no los deseo: veo por ahí padres que se vuelven lelos por sus hijos, mas feos á veces que monos; y como yo no me considero diferente de los otros me parece que había de caer en las mismas necedades que ahora tanto me desagradan y esta consideracion contribuye no poco para no desearlo.

—De manera que tú mismo confiesas que si los tuvieras los habrias de querer con toda tu alma?

—¡Precisamentel

—Pues bien: imagínate que los tienes y los amas tanto como temes amarlos ¿qué harías si algunó te los matara?

—¿Qué haría? ¡Vaya una pregunta! lo mataría yo á él.

—Poco á poco; mira lo que dices, porque te comprometes.

—¿Por qué me comprometo?

—Porque sí.

—Razon de pié de banco.

(Se continuará.)

SANTIAGO.